

Muerte de David

Se relata en el libro de los Reyes que, «llegado David a avanzada edad, no le era posible entrar en calor, aunque se pusiera mucha ropa». Entonces se le buscó una virgen joven para que se acostara con él y le diera calor. Abisag la Sunamita fue la elegida para ello, pero el rey «no la conoció como esposa».

La infeliz muchacha no hubiera figurado en la historia a no ser por una circunstancia que le dio un carácter trágico. Su hermosura inspiró ardiente pasión a un hijo de David, que se jugó la vida por ella y con ella se

consoló de la pérdida de un reino. Ya veremos desarrollarse en su momento estos sucesos.

A medida que envejecía el rey, se multiplicaban las intrigas a su alrededor. Desde la muerte violenta de Amnón y Absalón, la sucesión al trono preocupaba a todo el mundo. David consideraba a Salomón sucesor suyo, aunque no fuera el mayor, pero tenía muchos rasgos de la naturaleza de su padre, y además Beetsabé, cuya entrada en el harén había sido, si no criminal, algo irregular, ejercía mucha influencia en su marido. La vida de Salomón era muy correcta. No así la de Adoniah, que era el mayor después de Absalón, y al cual se parecía en muchas cosas, menos en sublevarse contra su padre. Era el personaje de moda, el primer *elegante* de Jerusalén. Entonces la novedad del día era el lujo en caballos. Adoniah tenía un carro, y jinetes que apartaban a la gente para poder pasar. Adoniah decía sin cesar que quería ser rey. Su padre no le reprendía como era debido. Adoniah tramó un complot con Joab y Abiatar, pero Sadok, Benaiah, el profeta, Natán y la mayor parte de los *gibborim* no estaban a su lado.

Adoniah quiso ser proclamado antes de morir David, y sin que éste lo supiera mandó que preparasen un gran banquete en los jardines que había al Sur de Jerusalén. El valle estaba lleno de bueyes, terneras y carneros degollados. Adoniah invitó a sus hermanos menos a Salomón y a los judaítas oficiales del rey, pero no a Benaiah ni a los *gibborim* ni a Natán. Ya se gritaba: «¡Viva el rey Adoniah!»

Natán avisó a Betsabé, que fue inmediatamente a la habitación donde estaba el rey con Abisag, y se quejó amargamente de la debilidad de David, pidiéndole que designase oficialmente a su sucesor, a lo cual se asoció Natán.

El rey se dispuso, reunió a Sadok, a Natán, a Benaiah y a los *Kreti-Pleti*, y mandó montar a Salomón en una mula y que se le llevara solemnemente desde la altura de Sión al Gihón, es decir, a la fuente que estaba al Oriente de la ciudad y derramaba sus aguas en el valle de Cedrón. Allí se verificó la consagración. Natán ungió a Salomón rey de Israel, sonaron las trompetas y se gritó: ¡Viva el rey Salomón! Todo el pueblo repitió estos gritos. Luego regresó la comitiva al palacio de Sión y al son de los pífanos y las aclamaciones populares entró en él. Salomón se sentó en el trono de David, mientras éste, tendido en la cama, hacía señas de aprobación. Salomón recibió el homenaje de los *Kreti-Pleti* y de los oficiales del palacio. Reinaba una gran alegría, e inmenso clamor resonaba en los alrededores.

Adoniah y sus invitados acababan justamente entonces el festín a un cuarto de legua de allí. Joab, que estaba con ellos, oyó estremecido el sonar de las trompetas. En aquel momento Jonatán, hijo del sacerdote Abiatar, entró y notificó a los conjurados que la ciudad ardía en fiestas a consecuencia de la proclamación de Salomón. Los convidados, inquietos, se levantaron y se dispersaron. Adoniah subió rápidamente a Sión, y cogió las acroteras del altar que estaban delante de la tienda sagrada. Salomón consiguió que las soltara con pro-

mesas evasivas, que le dejaban en libertad para vengarse en lo porvenir.

No se sabe cuántos años vivió aún David después de esta especie de abdicación. Parece que fue completo su acuerdo con Salomón. El carácter de ambos hombres era bastante parecido en el fondo; no los diferenciaron más que los antecedentes. La vida de bandido que había llevado el padre le daba gran superioridad sobre su hijo, criado en el serrallo. David recomendó a su sucesor algunas personas que le habían ayudado, especialmente a los hijos de Barzillai el galaadita, que ocupaban un sitio en la mesa real. Demostró la negra perfidia de su alma hipócrita en lo concerniente a Joab y a Semei. Había perdonado a éste en un momento de forzosa generosidad. Luego no se atrevió a volver sobre su acuerdo, por haberlo jurado en nombre de Jehová, pero antes de morir pidió a Salomón que hábilmente buscara un medio de matar a aquel hombre que le había agraviado mucho.

Lo que encargó David a Salomón respecto a Joab fue todavía más odioso. Todo se lo debía a éste enérgico soldado, pero nunca le había querido. En muchas ocasiones le había visto cometer crímenes, que en el fondo no le desagradaban, primero porque se aprovechaba de ellos, y luego porque creía que estos crímenes le valdrían a Joab una muerte violenta, enviada por el dios vengador. David nunca se había atrevido a castigarle, porque le necesitaba mucho, y se lo impedían sus juramentos, pero como éstos no obligaban a Salomón, en sus últimas conversaciones con éste insistió en que lo matase.

David murió a los setenta años, habiendo reinado treinta, en su palacio de Sion. Fue enterrado cerca de allí, en el fondo de un sepulcro abierto en la roca al pie de la colina que sustentaba la ciudad de David. Esto sucedió unos mil años antes de Jesucristo.

¡Mil años antes de Jesucristo!... Esto es lo que hay que tener presente cuando se piensa en un carácter tan complejo como el de David y se quiere concebir este mundo defectuoso y violento que hemos visto. El dios Jehová era de una parcialidad irritante que sólo protegía a sus servidores. Jehová era una fortaleza segura, un peñasco desde el que se podía desafiar a los enemigos; un escudo, un salvador.

Esencialmente, en este sentido, tuvo importancia religiosa el reinado de David. Su fortuna fue la primera fortuna grande lograda en nombre y por influencia de Jehová. El triunfo de David, confirmado por el hecho de que sus descendientes le sucedieran en el trono, fue la demostración evidente del poder de Jehová. El buen éxito de los servidores de Jehová es del mismo dios. El dios fuerte sólo es el que triunfa. Esta idea casi no se diferencia de la del Islam, cuya apologética no tiene más que una base: el éxito. El islamismo es verdad «porque Dios le ha dado la victoria». Jehová es el verdadero dios por prueba experimental, porque ha dado la victoria a sus fieles. Un realismo bárbaro no permitía ver más que esta historia del hecho material... ¿Y qué pasará cuando el servidor de Jehová sea atacado, perseguido y empobrecido por la adhesión al dios?... Lo grandiosa y extraordinaria que será entonces la crisis de la conciencia israelita se adivina ya desde aquí.